

## La arquitectura del barro y el pedregal

Francisco de Inza.

A don Miguel de Unamuno no le gustaba nada el cemento. Le molestaban "los rascacielos de cemento". Tanto es así, que decía que la piedra, el ladrillo y la madera pueden soñar, y sueñan; pero, en cambio, los edificios de cemento—decía—no sueñan; duermen.

¿Qué diría don Miguel de toda esta nueva oleada de materiales que están revistiendo nuestros hermosos pueblos?

Hace unos pocos días los cronistas de nuestros periódicos escribían acerca de la Tierra de Campos. Y uno de ellos exclamaba con bastante entusiasmo: "Los pueblos castellanos pierden su antiguo carácter de burgos térreos confundidos, como por efecto de un extraño mimetismo, con el color pardo de las tierras del páramo. Es clara y rotunda en ellos la nueva arquitectura renovadora que excluye los materiales elementales y abre cauce a los productos cerámicos y metalúrgicos."

Este es, en el ánimo de muchos, el sentido de la nueva arquitectura—"arquitectura moderna"—, el que acaba con determinados materiales, sin explicar bien el porqué, para tratar de imponer otros sin explicar tampoco el motivo de este cambio.

Existen en España algunas zonas en las que los materiales primarios constituyen casi el fundamento de su propia arquitectura.

Es, de otro lado, bien manifiesto que en cada una de estas diferentes regiones ha influído notablemente el clima, las costumbres y, en definitiva, el uso a que se destinaba cada edificio.

A la vista de distintas soluciones arquitectónicas populares, es claro que aquella humilde concepción de conjunto realizada hace muchos años responde plenamente a una idea buscada por varios y muy notables arquitectos contemporáneos. Es decir, la Naturaleza subordina a la arquitectura. La arquitectura, como obra de arte—creación—, trata de seguir un camino muy próximo a la Suprema Creación. Tiende a confundirse con ella.

Postura opinable, pero sostenida por varios maestros contemporáneos y compartida por muchos.

Este punto de partida, sin embargo, viene siendo, en general, sustituido, no por otra arquitectura fundamentada en un concepto opuesto—también admisible—, sino por una arquitectura inerte y falta de criterio.

Se desprecia el mimetismo de la arquitectura por la naturaleza, pero no porque se mantenga un criterio abierto de oposición a la Naturaleza—que sería seguramente admisible—, sino más bien por ignorancia y desconocimiento de la Naturaleza misma.

Las arquitecturas españolas tradicionales son a menudo producto de una percepción colectiva. En primer lugar, del terreno, del ambiente, del calor, de la lluvia, del frío, de los vientos. De la vida misma en cada sitio.

Y es bien claro que dicha tradición—arrastre—ha llegado a un punto muerto.

En la actualidad no se percibe—en general—el aire de cada sitio.

Estamos, al parecer, al borde mismo de desbaratar una fuente de energía capaz de suministrar materiales y datos muy notables para llevar a cabo una arquitectura que se viene persiguiendo en el mundo desde hace bastantes años.



A fuerza de individualismo, de transporte de formas, de empleo inadecuado de unos materiales aún por comprobar, estamos viniendo a dar al traste con aquella otra posición ante el problema de la creación arquitectónica. Y desperdiciando, repito, una fuente de poética que tenemos bien a mano.

El exceso de trabajo influye muy notablemente en todo esto.

A mi juicio, es muy difícil de concebir cómo pueden resolverse desde Madrid los enormes problemas que se le plantean a todo arquitecto que se ve en la tesitura de tener que proyectar en determinados pueblos de España.

No es comprensible cómo puede un hombre llegar a compenetrarse plenamente con una pequeña tierra, con los hombres, con los aires, con la pura madre tierra y sus árboles, y sus pájaros, y su caza desde un estudio y a golpe de técnico en una ciudad de dos millones de habitantes.

Esto trae como consecuencia la solución rápida y espectacular y el empleo de formas y materiales empleados en los estudios en otras muy diversas empresas.

El desplazamiento a pie de obra viene a ser, a su vez, a menudo poco frecuente, lo cual trae consigo una muy deficiente dirección de obra.

Esto es, a mi entender, muy pernicioso, ya que los apoyos externos de la arquitectura son los materiales y la cuidadosa ejecución y aprovechamiento de la mano de obra.

Los admirables y bellísimos pueblos de nuestro país no fueron hechos de semejante forma. Detalle éste que conocemos todos y comentamos con mucha frecuencia y a sabiendas de que su proceso generativo es algo que pasó a la historia.

Ahora, bajo el pretexto de los extraños funcionalismos y de aquello de que el arquitecto debe enseñar a vivir a la gente, se pueden realizar centenares de poblados sin enterarse siquiera del uso del corral, del uso del hogar y del uso que les dan a sus viviendas unos hombres desde siglos.

El arquitecto—según creo—debe moralmente acompañar a su nivel, digamos de formación profesional, una información de los métodos de vida de los demás. Información que no se adquiere en ningún texto.

Vivimos, a mi juicio, en un país no tan raro, ni tan difícil, ni tan subdesarrollado, ni qué sé yo, que a todo hay quien gane.

Así que tiramos muy a menudo por la calle de en medio, y, con objeto de no perder obra, se organiza un trasplante de soluciones que se pueden ir sacando de los archivos de cada estudio y de las revistas de por ahí.



Así que por eso hay que advertir, según decía don Miguel de Unamuno—que le vengo citando—: “De todos tiene que aprender el hombre, y sobre todo de quienes saben más que él, y de todos los demás pueblos tiene un pueblo que aprender, y muy en especial de los que en uno y otro respecto le aventajan. Pero no hay para él daño peor que una imitación parcial, mayormente cuando imita a quien menos se le parece.”

¿Qué tiene que ver nuestra carpintería tradicional con la finlandesa?

¿Qué le pasa, estática y constructivamente, a nuestro viejo ensamble de caja y espiga para tener que sustituirlo por unos sistemas de muy sospechoso resultado—al menos entre nosotros—, a base de láminas de maderas encoladas?

Lo difícil es hacer un mueble—pongamos por caso — aprovechando nuestros carpinteros, nuestras maderas y nuestra vieja tradición, sin que resulte folklórico ni incómodo, que en definitiva es éste el camino que siguieron los nórdicos.

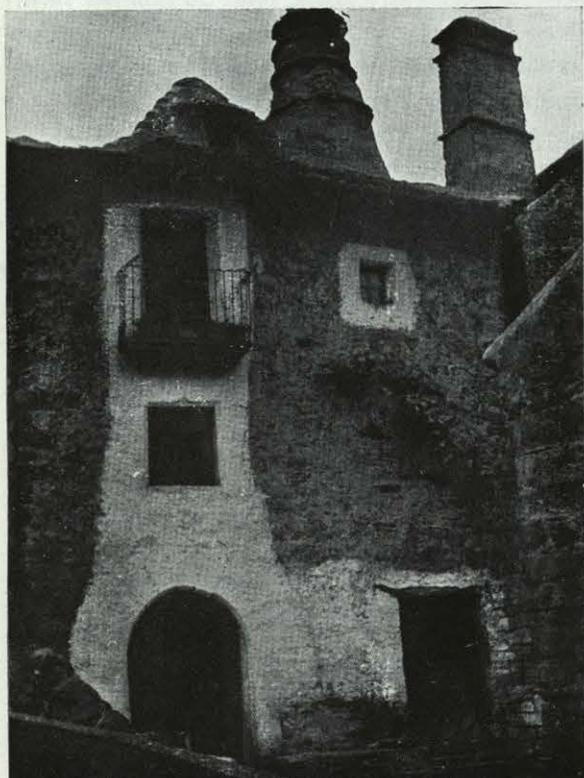
Hay, desde luego, variados materiales que diríamos primarios, cuyo empleo tenemos aún por estudiar—me parece—con todos los adelantos de prefabricación, simplificación, normalización y racionalización del trabajo.

No es cosa—a mi entender—de eludir la cuestión sustituyéndolos por otros más modernos. Aquellos materiales primarios son seguramente el barro, la piedra y la madera.

Digamos algo de la piedra.

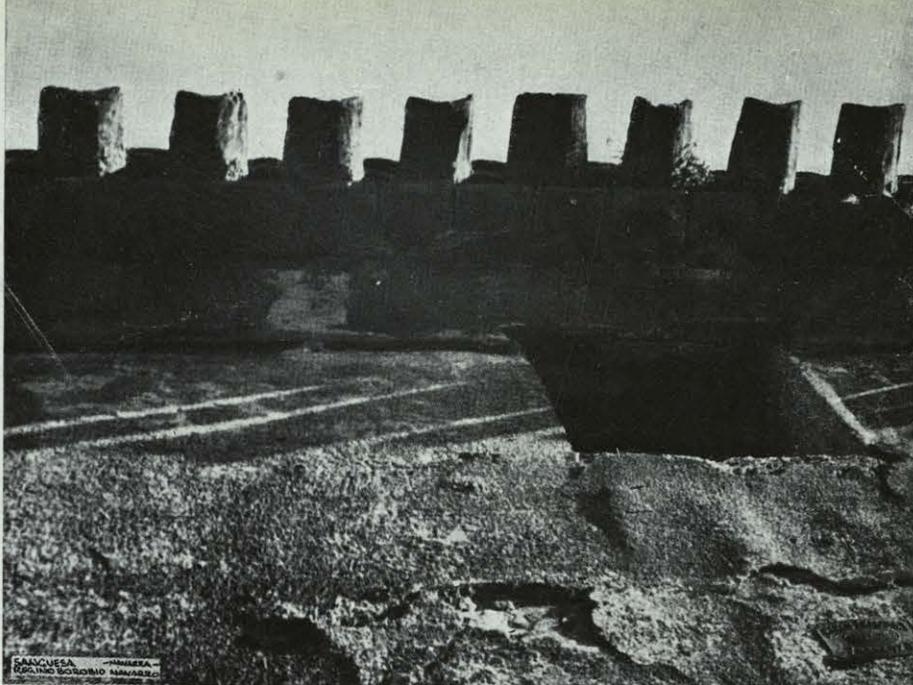
En España abunda la piedra, y se viene empleando en construcción desde siempre. Sin embargo, todas las regiones en las que se emplea tienen sus características peculiares.

La piedra va unida al barro. Es una misma cosa. Podría decirse que el barro es hijo de la piedra. Y el barro arropa a la piedra en los tremendos muros desde las murallas ciclópeas de Tarragona hasta las construcciones de lajas de pizarra en Tierra de Campos, Salamanca y Extremadura.



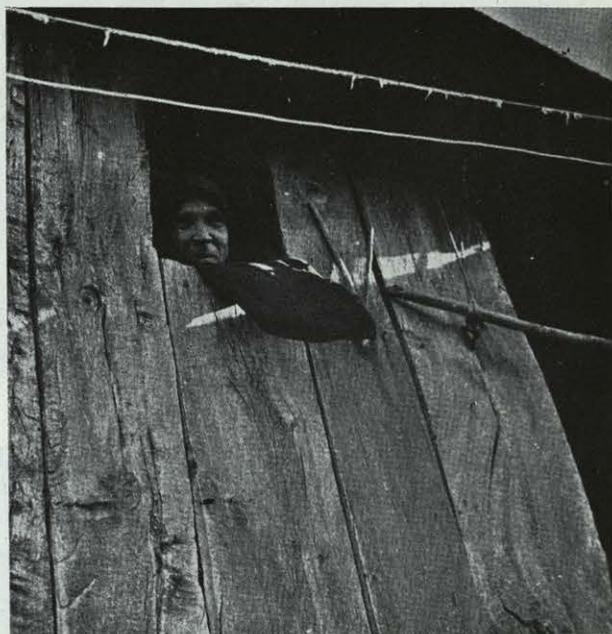
COMO UN ISLOTE EN JUNIO,  
TE CIÑE EL MAR DORADO  
DE LAS ESPIGAS QUE A LA BRISA ONDEAN  
Y CANTA SOBRE TI LA ALONDRA EL CANTO  
DE LA COSECHA.

*Unamuno.*



EL MUNDO DIVERSO Y PINTORESCO DE LAS VENTANAS;  
LAS VENTANAS HUMILDES, LAS VENTANAS A QUE SE ASOMA LA  
FAZ DOLOROSA; LAS VENTANAS QUE VEN LAS ANGUSTIAS QUE  
HAY DENTRO DE UN CUARTO REDUCIDO, SIN MAS QUE UNA  
CAMA Y UNA SILLA.

"Azorín".







El material se viene arrancando de la piel o de las entrañas de la misma tierra, y toma su misma faz—al sol y a la lluvia y al hilo de los años—. Más que imitar a la Naturaleza, viene a ser una misma cosa con ella.

El paso de los tiempos se registra en las rocas sedimentarias en forma de capas superpuestas. Se acusan en su estructura las riadas, las sequías y las inundaciones.

Las mamposterías de lajas de pizarra, desde su extracción de la tierra, ya llevan en la forma de cada mampuesto la señal de la Naturaleza. Su puesta en obra es una vuelta a la primaria situación de la pizarra en su estado natural. Los edificios vienen a ser auténticas rocas sedimentarias y acusan bien claramente los estratos.

Las construcciones de granito son, en cambio, como los riscos. Son una pura talla. La constitución del material ha determinado no sólo la forma de las piezas que servirán para levantar el edificio, sino también el procedimiento de colocarlo.

Las "mamposterías historiadas" aparecen en los pueblos de veraneantes y en las grandes ciudades. Aparecen en el preciso momento en que se perdió de vista la condición del material y las leyes de su colocación.

De otro lado, la piedra ha sido empleada, por lo general, como material resistente, y en construcciones de muro de carga.

En nuestros días, tenemos muy poderosas razones para no emplear, en muchos casos, este material según el citado procedimiento estructural. Esto ha traído como consecuencia un cierto abandono por la piedra natural. Existen muy numerosos materiales de revestimiento que han hecho olvidar las posibilidades de las piedras como material de revestimiento. Dejando aparte los mármoles y los granitos pulimentados, que, desde luego, se vienen usando con mucha frecuencia y son más caros en general. Pero éste es otro problema.

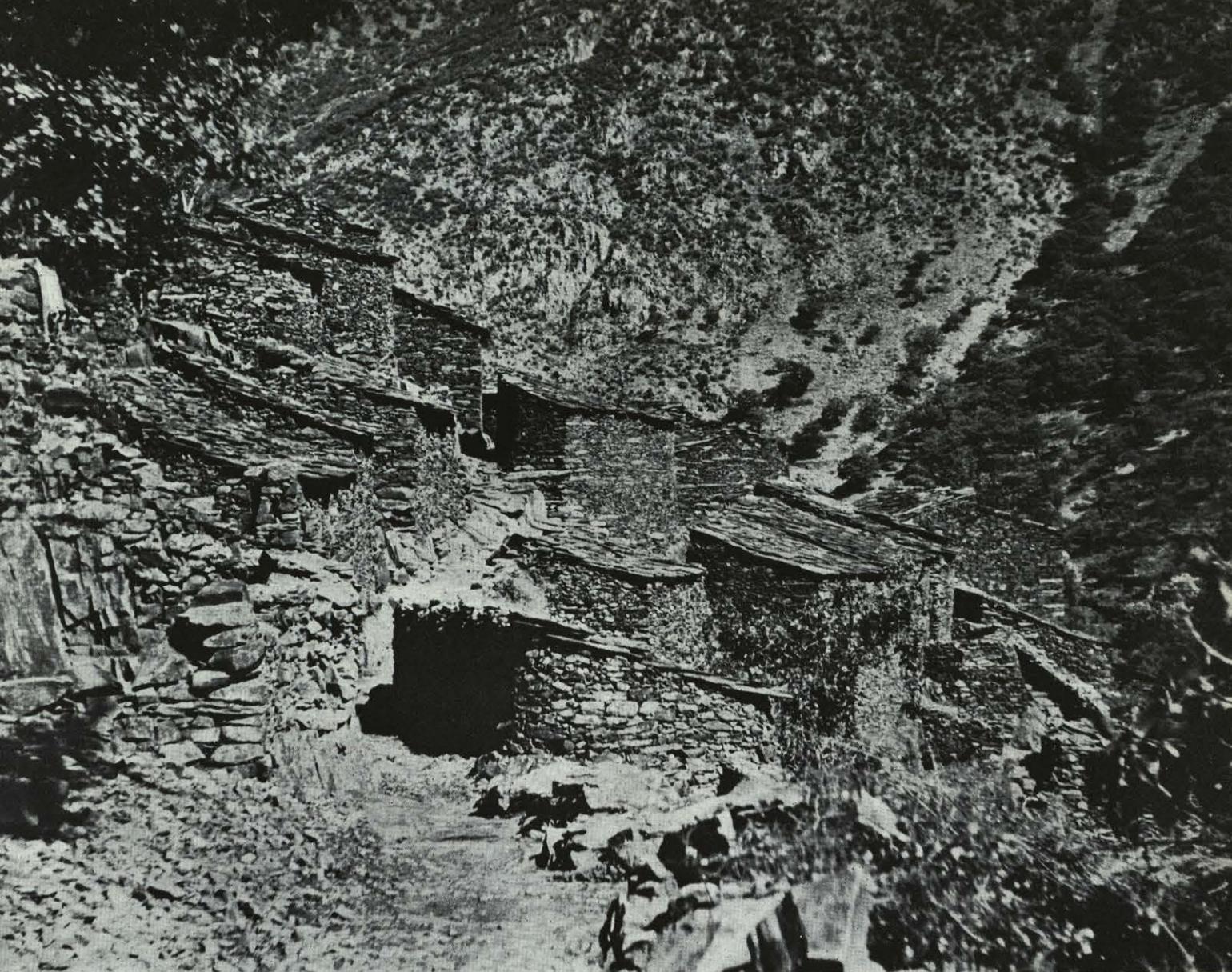
Las piedras de canchal, los pedregales de los lechos de arrastre de los glaciares, las camadas de pedregullo y canto rodado de nuestros ríos, las vertientes de lajas de pizarra, presentan muy a menudo un aspecto plástico admirable.

Nos producen al verlos una duradera alegre sensación y queremos fotografiarlos.

Las piedras están sueltas, y de verlas solamente nos parece ya oír su ruido.

Las arquitecturas pétreas de muchos de nuestros pueblos también nos admiran. En muchos sitios de Extremadura están sueltas las piezas de los muros, y en las Hurdes y en





los chozos y las majadas de los pastores. Aquí no hay barro ni morteros que las reciban, y las mismas lajas que aparejan los muros constituyen la cubierta.

¿Entrará agua en estas casas? Al parecer, no entra.

¿Nos gustaría vivir en ellas por unos días? No sabemos.

Hay, sin embargo, un deseo de no perder esta arquitectura sin igual. De quedarnos con aquellas maravillosas maneras de los hombres que las han construído.

No queremos creer que los atolladeros económicos en que nos vimos encontrando obra por obra, ni las complicadas necesidades de la vida actual, ni las sociologías, ni las tecnologías, nos hagan desechar de entrada la posibilidad de aprovechar esta enseñanza para edificar ahora en nuestros pueblos unas casas con aquel mismo aire.

No con tal o cual forma como si se tratara de un trasplante más de los muchos que hacemos, sino más bien con aquel sabio empleo de unos materiales y con aquel concepto mismo de intimidad y amor a la Naturaleza.

Y nos cuesta trabajo creer que no se pueda hacer ahora en nuestros pueblos porque los hombres que los viven aún saben hacer arquitectura en muchos casos. Y en estas casitas de las Hurdes—lugar famoso por su escaso potencial económico—está viva una lección de arquitectura bien admirable. Y yo quiero creer que aprovechable.

No queremos quedarnos con el folklore, ni con la maravilla de la fotografía. Queremos decir que sería cosa de construir de semejantes maneras y en forma tal que las gentes que habiten las casas puedan vivir todo lo agradablemente que se debe vivir. Pero, eso sí, sin explicarles demasiado de qué modo. Que a lo mejor ya lo saben.